

Hijos de la destrucción

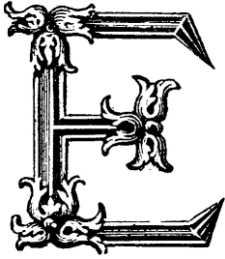
Muestra gratuita de lectura

FRANCISCO TAPIA-FUENTES

CON PLUMA Y PIXEL

www.conplumaypixel.com

EL PUENTE



El estallido de la hechicería resonó en la estructura del puente. Los hombres, aterrorizados, retrocedieron en desbandada. Algunos, los más osados o quizá los más curtidos en combate, se detenían brevemente a recoger a los camaradas caídos o incluso a disparar un último tiro de ballesta. Los alaridos de los moribundos se mezclaban con los gritos de los que se retiraban, ahogando las órdenes que los sargentos impartían a voz en cuello.

En el extremo aradamo del puente, una mujer se alzaba solitaria en lo alto de un carro volcado, con los brazos levantados y las ropas ondeando bajo la fuerza de vientos invisibles. Los últimos rezagados alcanzaron las posiciones detrás de las barricadas dejando a su paso un olor a sangre, heces y vísceras derramadas. Lyriante se aseguró de que todos estaban detrás de ella y, cerrando los ojos, recurrió a su más poderoso conjuro de aniquilación.

Los enemigos, protegidos por sus armaduras negras, surgieron de sus propias barricadas y tomaron el puente. La maga pronunció, más bien gritó, la última sílaba de su hechizo y una ráfaga de poder recorrió su espina dorsal. De su mano extendida brotó un torrente de relámpagos azulados que calcinó a la primera fila de atacantes y obligó al resto a retroceder a sus posiciones. Poco después, tan solo algunos jirones de niebla negra y un intenso olor a ozono era lo que quedaba del descomunal asalto.

La hechicera, agotado todo su poder más allá de lo prudente, se desplomó exhausta sobre las mismas tropas que había protegido.

—¡Está viva! —gritó uno de los soldados que la había recogido en su caída—. ¡Llevala a la tienda! ¡Vamos!

Un muro de escudos se alzó detrás del contingente que portaba el cuerpo de la hechicera, mientras el resto se reorganizaba en sus posiciones.

Y así terminó el tercer día del asalto al puente de Virtreed.

Esa noche, la luz de las mortecinas hogueras se reflejaba en los rostros de los soldados apiñados alrededor de ellas. Sucias, agotadas y abatidas, las tropas del ejército del rey Karsdenteim buscaban en aquellos fuegos algo del calor que habían perdido sus almas desde que comenzara la guerra. Uno de ellos escupió en el suelo.

—¡Odio este sitio!

—Ya te hemos oído, Rem.

—¡Tengo derecho a quejarme! Todo el mundo lo hace.

—No, Ren, no todo el mundo lo hace. Y si sigues así, haré que caves letrinas el resto de la semana.

—Con el debido respeto, mi sargento —terció otro—. Ren no ha hecho nada más que expresar lo que todos sentimos.

—Con el debido respeto, Borgis, Ren no hace más que minar la moral de la tropa con esa actitud. Ese es el tipo de cosas que no voy a tolerar en mi escuadra —respondió el sargento mientras echaba un leño raquíto al fuego.

—Sí, pero tiene razón. ¡Este sitio es un asco!

—Mira, quizá deberías replantearte las cosas si las vieras desde otro punto de vista. Seguimos vivos, cosa que no se puede decir de muchos otros hoy, ¿no?

—Ya lo sé, sargento, ¡pero es que llevamos atascados en este lugar dos días y no parece que vayamos a avanzar nunca!

—Así es la guerra, Borgis, así es. Anda, muévete un poco a ese lado para que todos nos podamos calentar.

Borgis se movió e, inmediatamente, una cabezota peluda entró babeando en el círculo de luz.

—¡Por las pelotas de Ulmar! ¡Es esa mierda de perro otra vez! —Borgis se apartó y el enorme mastín aprovechó para ensanchar el círculo con su corpachón.

—Se llama Nar —dijo el sargento, acariciando el cuello de la bestia con una mano morena y grande—. Hola, Nar. ¿Cómo estás, viejo?

—¡Me importa una mierda cómo se llame! ¡Ese jodido chucho me da miedo!

—A ti todo te da miedo últimamente. Solo hay que olerte para confirmarlo. Incluso tienes tu propia corte de moscas. ¿Cómo lo explicas, Borgis? ¿Eh? —Los oscuros ojos del sargento se clavaron en los de Borgis.

—Yo... bueno...

—¡Señor, creo que no es justo lo que le ha dicho a Borgis! —intervino otro de los soldados—. Hoy se ha jugado el tipo en el puente.

—Como todos nosotros. Y porque esa es su obligación, Errin. Firmó su hoja de reclutamiento y nadie le estaba poniendo una daga en la espalda cuando lo hizo, ¿no? Ya sabía a qué se enfrentaba al firmar en el libro.

Se hizo un incómodo silencio, roto tan solo por el crepitar del fuego.

—Además —continuó el sargento—, si hay alguien que lo haya dado todo por el pelotón, es esa condenada bruja de Lyriante. De no ser por ella, hoy no estaríamos aquí ninguno de nosotros.

El silencio que siguió fue roto ahora por los lametones que el perrazo se daba en la entrepierna.

—¡Oh! ¡Por el amor de Shalumél! —gimió Borgis.

—¡Deja al pobre animal! —rio Errin—. ¡Él alcanza y tú no!

Los hombres, reunidos alrededor de la fogata, rompieron a reír como no lo habían hecho en semanas. El resto de la compañía, hacinados alrededor de sus propias hogueras o simplemente tumbados en la oscuridad, los miraron en silencio.

Y así, en este momento, vamos a dejar a los chicos del sargento calentándose al fuego.

Hasta aquí llega este extracto de «Hijos de la destrucción». Esperamos que te haya gustado.

Puedes encontrar más acerca de este libro en la página de la editorial:

<http://www.conplumaypixel.com/>

¡Muchas gracias por tu tiempo!

El equipo de Con Pluma y Píxel